



## Revista de Estudios Sociales

06 | 01/05/2000  
Temas varios

---

# Futuro incierto

Carina Pena

---



### Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/revestudsoc/29466>  
ISSN: 1900-5180

### Editor

Universidad de los Andes

### Edición impresa

Fecha de publicación: 1 mayo 2000  
Paginación: 105-108  
ISSN: 0123-885X

### Referencia electrónica

Carina Pena, « Futuro incierto », *Revista de Estudios Sociales* [En línea], 06 | 01/05/2000, Publicado el 31 enero 2019, consultado el 06 mayo 2019. URL : <http://journals.openedition.org/revestudsoc/29466>

---



Los contenidos de la *Revista de Estudios Sociales* están editados bajo la licencia Creative Commons Attribution 4.0 International.

## Futuro incierto'

Carina Pena"

Mi nombre es Lucas, tengo 29 años, y soy abogado. En este momento tengo una noviecita linda de quince años que amo como el sol que sale cada día y que veo por la ventana. La amo porque ella me devolvió la confianza en la vida, la amo porque en sus brazos aún vive la inocencia y la alegría. He pensado hasta en casarme con ella. Lo que pasa es que ahora ando sin empleo y la cosa así se pone difícil. Yo me gradué hace cinco años y vivía en casa con mis padres, era vago de profesión como muchos recién graduados. En realidad sí tenía profesión, era el mejor para levantar muchachitas en el pueblo, entre las niñas tenía gran éxito. En mi casa la situación era insoportable, como en muchas casas, mi papá tomaba mucho y ver a mi mamá aguantándole era todavía peor. Un día mi mamá me dijo: -Lucas mijo, usted se tiene que ir a trabajar en lo que sea. Yo ya estoy muy aburrida. Como yo había hecho unas prácticas en la Fiscalía de Cali fui a decirles que me mandaran para donde fuera que necesitaba trabajar. Al otro día estaba montado en un bus que iba para el último pueblo del Valle, un pueblo del norte del departamento, iba a trabajar con el fiscal del pueblo, un muchacho alto con el que nos íbamos por las tardes a practicar basquet. Un tirito el uno, un tirito el otro. Así pasábamos algunas horas por la tarde.

Yo creo que Junín está en la mierda, no solamente por lo lejos, sino por como se vive allá. Nunca en mi vida había visto tantos muertos. El primer día cuando llegué a la casa de doña Doris, yo salí a comprar la leche, porque ella me regalaba el almuerzo. Como yo estaba recién llegado salía muy gomelo con mis pantalones Levis, que los tenis Nike, que mi camisa de marca, y las gafitas de sol, para que me vieran las muchachas. Cuando venía para la casa vi a un tipo, y vi que el tipo tenía un revólver, vi que le disparó en la cara al hombre con el que estaba hablando. Después vi cómo se escapaba. Yo me tullí del miedo, se me regó la leche, y salí corriendo para donde doña Doris. Me di cuenta de que todo transcurría como en una de las películas que ahora me veo de John Wayne, el muerto en el suelo, el pueblo polvoriento con la gente detenida mirando, los tres policías del pueblo corriendo detrás del homicida. Y al final nada. Porque además los policías tienen hasta una orden escrita que les

prohíbe retirarse de la cabecera municipal, del área urbana. Mejor dicho esos cuatro pendejos, cinco en ese momento conmigo, no servíamos para nada. Jamás olvidaré que en la casa estaba una maestra y yo le dije que nunca había visto algo tan violento, que cómo era posible que mataran a un hombre en plena calle y a plena luz del día. Ella me miró asombrada y de pronto endureciendo su rostro me dijo: -Es mejor que se vaya acostumbrando, para que aprenda a ser varón. Yo no puedo creerlo aún, imagínese si lo dice una profesora. En qué momento nos jodimos tanto como para que una profesora diga que para ser varón tenga uno que acostumbrarse a los muertos y a las matanzas. Me faltaba mucho por aprender, porque esto no era nada en realidad.

Con los días me fui apoderando del cargo, yo trabajaba como asistente del fiscal, como les iba diciendo, y a mí me querían mucho en el pueblo. Creo que durante los meses que estuve no hice más que tomar y comerme a cuanta muchachita había en el pueblo. Eso sí no lo puedo olvidar. Me comí a todas las profesoras de la escuela y ellas lo sabían y hasta se lo contaban. Eso sí, en ese momento yo parecía como drogado a toda hora, por el guayabo, por la sangre, por la soledad, por la violencia. A mí no era al único que me pasaba, la odontóloga por ejemplo, una muchacha graduada de una buena universidad, morenita y hasta de ojos verdes, terminó enmojada con los campesinos. Es que allá uno se acostaba con todo el mundo. La otra médica del pueblo metía marihuana y también se acostaba con algunos campesinos.

Y se tomaba todos los días. Incluso una vez me acuerdo que llevé un petaco de cerveza a la oficina, por eso hasta me cabe un juicio disciplinario, pero eso no me importa. Yo me sentaba al lado de mi petaco y le decía a todos los campesinos que entraran y nos poníamos a hablar. Imagínese usted en plena fiscalía del pueblito y nosotros con petaco en mano, jinchos a las doce del día, claro no podía faltar Deep Purple de fondo musical. En ese mismo escritorio pero en sano juicio llegaban semanalmente los familiares de los muertos a contarme que le habían dado tantos tiros, que era que no lo querían en la vereda. Y yo decía para mis adentros: -pobre huevón. Al campesino le decía: -Sí señor, usted sabe que la Fiscalía está es para servirle. Ahora me río. Claro hacía siempre lo de rigor, tomaba la declaración y compulsaba copias a la Fiscalía Regional, para saber que todo iba a terminar en ese oficio que estaba mandando. Porque dígame usted, quién se va a perseguir a los culpables de todos esos asesinatos. No faltó el amigo que en plena declaración me dijera: -El doctor es buena gente pero le gusta esa música

\* Relato a partir de un testimonio verídico.d

\*\* Polítoologa, Magíster en Ciencia Polítca, Universidad de los Andes.

diabólica. Yo pensaba: -menos mal la diabólica es la música y no esta cochina violencia que ustedes viven.

Los fines de semana que me quedaba en el pueblo le pedía a algún campesino un caballo prestado, y claro como era para el doctor, pues me traían ensillado el mejor caballo del pueblo, con una montura yo no sé de dónde. Yo me la pasaba en una tienda como cualquier muchacho campesino del pueblo, con una pantaloneta, con una camisa abierta hasta la barriga, mostrando la barriga, con muchas cervezas en frente y hablando con los muchachos campesinos del pueblo, y con los que bajaban los fines de semana. Por la noche les decía que me presentaran a alguna amiga, y como ellos estaban con el doctor, me presentaban hasta a sus hermanas o a sus primas. Eso sí no perdoné ninguna, y eso que yo no soy el más pinta de todos, pero ninguna de las que me llegaba amanecía al otro día en su cama. Eso lo hacía yo porque era la justicia en el pueblo.

En la fiscalía se trabajaba con las uñas, llegaban los casos más insospechados, será un pueblo tan atrasado, que incluso un día nos tocó ir a una vereda a hacer un levantamiento. Y resulta que el comisario del caserío, que es un hombre que escoge la misma comunidad entre los que viven cerca, había hecho ya el levantamiento. Jamás se me olvidará, el levantamiento estaba escrito en una hoja sucia, era casi ilegible y era por el homicidio de un perro. Yo no sabía si sentarme a reír o a llorar, irse uno a caballo hasta la misma mierda para tratar con el homicidio de un perro. Que había sido una pelea entre vecinos, y que usted me cae mal entonces le mato al perro. Y claro el comisario del caserío como no sabía que eso es daño en bien ajeno, entonces denunció al que mató al perro por homicidio.

Me devolví al pueblo, pero ese día me sentía contento porque sabía que ese fin de semana iría a visitar a un amigo a Armenia. Todos los fines de semana que podía pegaba para donde Juan Andrés, él es un amigo de la universidad, el típico político de pueblo que estaba trabajando en ese momento y tenía un cargo importantísimo en Armenia. Juan Andrés es el típico niño que heredó una gran fortuna, tiene una casa divina con colchones de agua y todo, una nevera que siempre está repleta y todo el trago del mundo. Como todos en la ciudad le debían algún favor, entonces siempre que llegábamos a cualquier parte no nos cobraban. Juan Andrés tenía una barriga que no podía siquiera ver el suelo, siempre tomaba los fines de semana, andábamos con unas niñas divinas, todas de las mejores familias de la ciudad y con todas nos acostábamos. Eso sí, siempre nos cuidábamos. Juan Andrés cuando yo le contaba los levantamientos que había operar y ese carro que de un momento a otro se caía. El camino era tan malo que andaba el carro de lado a toda hora. Yo me acordaba en ese momento de las películas de cuando chiquito, de los carros que andaban en dos ruedas, pero en

tenido que hacer y lo mal que me sentía, me decía después de la cuarta hamburguesa que no fuera tan pendejo, que él hasta me nombraba inspector de Policía si yo quería, que en Armenia yo podía ganar más plata y hacer más negocios. Juan Andrés y yo fuimos muy amigos, él me estimaba mucho, porque yo era como su conciencia, yo siempre le decía: -No, marica. Vea no robe tanto. Es mejor que trabaje más, vea que usted es la justicia, no le da pena. Yo no sabía nada de administrativo en ese momento, porque lo mío era el penal. Pero sí me daba cuenta de que el hombre robaba de lo lindo y además como era político, no se encochinaba. Yo me di cuenta cómo los extranjeros le pagaban uno o dos millones por una firma, para agilizar el proyecto que estaban haciendo en la carretera en ese momento. Él se reía, y me decía que cuando necesitara algo él me hacía un favor. Ese domingo estuvimos emparrandados, bailando los últimos merengues con unas nenas en la discoteca de donde nunca salía Juan Andrés. Él me llevó el lunes a las seis de la mañana a la terminal, después de repetirme más de cien veces que no fuera bobo que me fuera a trabajar con él a Armenia.

Cuando llegué a Junín estaba haciendo un sol insoportable, yo estaba totalmente enguayabado y así llegué a la oficina a trabajar. Allá me estaba esperando Eliseo Perdomo que era mi asistente, un muchacho del pueblo que parecía mi sombra. Me dijo que el fiscal me había dejado dicho que había que hacer un levantamiento en una vereda. Yo le dije que claro que lo hadamos como de costumbre en el hospital. Porque los levantamientos en ese pueblo uno no los va a hacer como en la ciudad en el lugar donde se comete el homicidio, para dibujar el croquis y todo eso, si no que le llevan a uno el muerto al hospital y uno hace el levantamiento. Lo que pasa es que cuando uno va a hacer el levantamiento en las veredas, en ocasiones lo pueden levantar es a uno. Eliseo me miró muy serio y me dijo: -No viejo Lucas hoy sí nos toca ir. Yo le dije que estaba muy enguayabado, que me trajera un Gatorade y que esperáramos a que nos trajeran el muerto. -Lucas yo le traigo el Gatorade, pero nos toca ir. Es que son ocho muertos. Yo me tomé el Gatorade y en eso empezaron a llegar los familiares, y me dijeron que nos podíamos ir de a pie o en caballo, que como yo quisiera. Yo dije que mejor le pidiéramos prestado el carro al alcalde. Los deudos me dijeron que ellos no se montaban en el carro de la Alcaldía porque fijo la guerrilla nos daba plomo en el camino. Finalmente terminamos yéndonos en la ambulancia del hospital, una Luv. Nosotros íbamos atrás, estaba haciendo un calor ni el berraco, yo con ese guayabo que era como de ese momento no se me hacía nada gracioso. En esos momentos era cuando me entraba la depresión, la misma de todos los fines de semana, la misma de cada vez que tocaba ir a ver un muerto. Yo me preguntaba, qué estaba haciendo de mi vida, por qué

estaba en ese infierno, yo creía que sólo me faltaba morirme en ese momento, en ocasiones hasta lo deseaba. Andaba como borracho a toda hora, así no tomara, era por el ambiente, por tanto muerto.

La puerta estaba entreabierta, era una casa campesina en medio de un caserío de cinco casas, era una casa de esas a punto de caerse, con un letrero mal escrito con tiza que decía Tiendha, o algo así. Cuando llegué sentí que estaba en el sitio más lúgubre del universo. De la casa entraban y salían unos perros, y dejaban un rastro de huellas rojas detrás de ellos. Del cuarto salía un hilillo de sangre, y los perros dando vueltas. Yo oía a la gente que decía: -Llegó el doctor, llegó el doctor. Y yo pensaba que todos eran unos hijueputas. Después de tanto muerto a mí me parecía que todos los campesinos eran unos hijueputas, me daban ganas de matarlos a mí mismo, porque eran unos animales. Ocho muertos. Eso fue lo que vi cuando entré, además todos jovencitos. Definitivamente eran unos hijueputas. Eran muchachitos campesinos de esos de sombrero de pluma al lado, con botas y con un bozito ridículo en la cara. Estaban con sus tiros, uno estaba con una puñalada en el vientre, estaban con los ojos abiertos. Yo estaba mirando todo y lloraba, y hasta con una pierna le pegué a uno y le decía a Eliseo: -Mire a este hijueputa, con dieciocho años y esa muerte tan pendeja. Eliseo me dijo: - Cállese Lucas que el hermano lo está mirando. No sé cuándo, pero la mamá de uno de los muertos entró y abrazaba al muerto y se untó de la sangre y lloraba. Yo quería como pegarle, estaba desesperado. Lo único que atiné a decirle era que se largara, que iba a revisar a los «muerticos», y que sacaran a ese perro hijueputa que estaba lamiendo la sangre. Eran ocho muertos. Ocho muchachos que la noche anterior se habían peleado por unas putas que habían traído el fin de semana al caserío, a uno le gustó la misma que a otro, y se metieron un tiro, y el hermano se metió y se dieron botella, navaja, machete y plomo, hasta que se mataron los ocho. En el hospital había otros heridos. Nosotros habíamos llevado un procesador de palabra para hacer el acta, pero no había luz y no había tampoco papel. Finalmente conseguimos una máquina de

escribir e hice lo mismo de siempre, el oficio, compulsando copia a la Fiscalía Regional, el mismo edificio al que llegarían todos los oficios y las denuncias que salían del pueblo. Para mí ese correo era el derecho penal.

Por las mañanas yo me oía un disquito de Queen y empezaba a despachar, y dele un muerto detrás de otro. Jamás se me olvida que el día de los ocho muertos, yo llamé a un amigo desde el hospital cuando ya estábamos haciendo el reconocimiento y les estaban practicando la autopsia. Le dije que eso era un infierno, que esa gente era muy bruta, que eran unos animales. Y todos oyéndome, porque el teléfono quedaba en la sala del hospital. Yo quería irme, y nadie se imagina la cara de alegría el día que me notificaron el traslado. Por esos días un señor del mismo pueblo de donde soy yo, como que me vio en una de esas tomatas de fin de semana y me preguntó que qué me estaba pasando, que no me dejara matar por el pueblo.

La ida a La Paz fue la gota que derramó la copa. Yo que creía que las cosas ya habían mejorado, estaba a sólo dos horas de Cali. Podía verme los fines de semana con mi familia, los amigos podían irme a visitar. Las viejitas no faltaban, yo me la pasaba en una motico levantando niñitas los sábados y domingos. Un fin de semana me fui a mi pueblo, andaba de lo más ennoviado, en ese entonces estaba saliendo con Anita. Una peladita divina, con ella todo era risas y además me decía que me amaba y todo eso. En esos días yo sentía como si me hubiera vuelto la vida. La Paz tenía su propio CTI y yo trabajaba con la Fiscalía y con ellos. Allá hice un amigo a quien quise mucho Ernesto Rojas, un muchacho que era Testigo de Jehová y el que más me ayudaba con mis depresiones. Me decía: Lucas, camine leemos La Biblia, y eso a mí me calmaba. Yo veía que él era bien pobre, pero hacía esfuerzos por ayudarme, vivía en arriendo, tenía familia y subsistía con su sueldo. El loco quería hartito lo que hacía. Los fines de semana me decía: -Lucas camine a la casa, comemos pollo, leemos la Biblia y vemos una película. Todo eso con su sueldito. Era que Ernesto era muy buen amigo. En el CTI andaban otros locos que querían hartísimo lo que hacían. Era gente que le gustaba su trabajo. Yo en cambio después de lo de Junín lo que hacía era como desquitarme con la vida, tomando trago y levantando peladitas. Ese fin de semana que me fui a mi pueblo, unos amigos me invitaron a jugar billar, y yo que jamás juego billar les dije que sí porque Anita me tenía lo más de contento. Ese día Juan que era el duro se hizo conmigo y Carlos se hizo con el tío, porque eran unos gamines y sí jugaban bien al billar. Ese día parece que un espíritu me hubiera poseído y me

moviera la mano, yo que nunca cojo un taco parecía billarista profesional, esa noche les gané. Al otro día amanecí enguayabado como a las nueve de la mañana y en mi casa, salí corriendo y cogí un bus para La Paz.

Llegué como a las once del día, y mi jefe empezó a regañarme, que Lucas que usted no quiere lo que hace, que usted esta mañana tenía que irse con los muchachos, que ahora tiene que firmar algo y no estuvo, y dé lora. Y yo enguayabado, trasnochado, enamorado, y odiando ese cochino puesto. De buena gana le hubiera dicho que me iba ya para mi casa, que le renunciaba, pero en esas nos interrumpió la secretaria. Norma tenía cara de terror, estaba más pálida que una vela, y nos dijo: -Doctor, joven Lucas, que mataron al doctor Arbeláez, que mataron al doctor Peláez, que mataron al doctor Ernesto. Dicen que fue la guerrilla, que interceptó la patrulla donde iban a hacer la diligencia por la mañana y que están todos muertos. En ese momento no sentí nada. Todos los compañeros no podían de la tristeza y lo peor era que tocaba hacer el levantamiento de los propios compañeros. No podíamos irnos ahí mismo, porque el temor era que la guerrilla estuviera esperando para rematar a los compañeros que fueran a hacer el levantamiento.

Yo bajé y me tomé una gaseosa, llamé a Anita y le dije que la amaba mucho. Me subí en la camioneta y nos fuimos a hacer el levantamiento. Cuando llegamos del carro no vimos sino el chasis que fue lo único que quedó. Al carro lo habían volado con granadas. A mis compañeros no les cabía

ni una bala, además los disparos de AK dejan un hueco que rompe hasta los huesos, y voltea las piernas y todo. Nadie se bajó, sólo yo que como siempre andaba como volando, finalmente no me importaba nada, yo reconocí de inmediato a Ernesto, le conocí los zapatos, la ropa, pero no le veía la cabeza. Sí, Ernesto no tenía la cabeza. Busqué y como a siete metros, que me parecieron una eternidad, en donde recordé sus enseñanzas, las idas a comer pollo y a leer la Biblia, apareció la cabeza. Yo alcé la cabeza y les dije a los otros: -La encontré. Parece un chiste, pero en ese momento me acordé de una propaganda de un desodorante que salía en ese momento por televisión. No pude sentir dolor. Por la noche esa sensación me perseguía, yo me repetía incesantemente: - Me tengo que dormir, me tengo que dormir, me tengo que dormir. Tenía miedo de que Ernesto llegara por la noche a jalarme las patas por no haber sentido dolor. Al día siguiente le pedí permiso al jefe y me fui a la Fiscalía y renuncié. El miércoles fue el entierro, y los periodistas y todo el mundo preguntando. ¡Qué carajos les importa!, pensaba yo. Éstos son todos unos hijueputas. Duré cinco días llorando después de mi renuncia. El dolor me llegó tarde, pero me llegó. Aún ahora cuando cuento esta historia, y cuando no estoy con un trabajo estable, me siento más tranquilo con mi noviecita de quince años con la que me pienso casar. Me voy porque ya voy a empezar a llorar.

Eso fue lo último que me dijo Lucas, antes de encender su carro y salir corriendo de la finca. Yo salí y abrí la puerta principal, me dijo adiós con la mano. Nada más.